

UN CUENTO CHINO DE PARÍS

Un cuento de los alumnos de Cuarto, Quinto y Sexto.

Era un día bonito de final de curso cuando Alonso, un niño casi como los demás niños, iba alegre como van casi todos los niños a la escuela. Sus papás confiaban mucho en Alonso, así que le dejaban ir solo. Él no se metía en problemas, no hablaba con quien no debía y tardaba cinco minutos en dejar su casa y entrar en el patio de la escuela.

Era un día como casi todos los demás días. Alonso tenía examen de francés a primera hora de ese lunes. No había estudiado mucho. En realidad, Alonso no había estudiado nada. Alonso no necesitaba estudiar para sacar las mejores notas en francés: era su asignatura favorita, era su distracción favorita, era su verdadera pasión.

De viaje de novios, sus padres habían estado en París y eran tan maravillosas las cosas que contaban de la ciudad del Sena que Alonso no pensaba casi en otra cosa que en visitar la ciudad de los puentes y del amor, aunque Alonso no entendía mucho de puentes y, por supuesto, no entendía nada de amor.

Iba Alonso imaginando qué preguntas pondría su señor Remedios camino de la escuela cuando, al doblar una esquina, una sorpresa grande como una catedral francesa le sacudió la cabeza.

La escuela no estaba.

No estaba.

No estaba. De verdad que no estaba.

En su lugar había un llano enorme en el que estaban aparcados unos cuantos coches y dos mujeres charlaban a voces junto a sus carros de la compra.

Ni corto ni perezoso, Alonso era alto y muy activo, desanduvo los pasos rumbo a casa.

-Tal vez sea un sueño y me despierto mientras ando – pensó.

Cuando llegó a su portal, subió tres plantas, abrió la puerta de su piso y entró. Entonces volvió a salir, cerró la puerta, bajó las tres plantas y se dirigió de nuevo hacia la escuela.

Era un día bonito de final de curso y Alonso iba alegre como van casi todos los niños a la escuela...

Ya conocéis la historia. Y sabéis que cuando Alonso doble la esquina... la escuela no estará.

Cosas que pasan a veces en los cuentos, pero que nunca, nunca jamás, pasan en la vida, pero sí sucede en la vida de Alonso, el niño que sabía mucho francés y no tenía escuela.

Triste como un caracol en un espejo, el niño Alonso regresó a casa con la cabeza baja y el ánimo por el suelo.

-¿Cuándo haré mi examen de francés? – se preguntaba.

De pronto hubo una segunda sacudida en su cabeza. Algo que no esperaba. En la mochila se escuchó un ruido. Como si dentro un animalillo se moviese. Como si algo vivo anduviese por ahí adentro haciendo sus cosas. ¿Se estaría comiendo su libro de francés? Eso sería terrible.

Era un libro el que se movía. Justamente el libro de encantamientos, hechizos y conjuros chinos que sus padres le trajeron de China. Padres viajeros, habréis comprobado. A él se lo dejaron con los abuelos.

-Eres muy pequeño, Alonso. Te asustarías. Te traeremos el mejor regalo del mundo. Ya verás. – dijo su madre, convenciéndolo y haciendo que llorara menos. Porque Alonso lloró una barbaridad.

A lo que íbamos, que hay que encontrar una escuela desaparecida. La segunda sorpresa estaba en la puerta de su casa y era china.

Allí, plantado como un semáforo en amarillo, estaba un señor chino. Lo miraba con mucha atención. Hasta le hizo señas.

-Ven, muchacho, no tengas miedo – dijo.

Alonso no tuvo miedo. De una manera que no supe comprender, le pareció que nada malo le ocurriría.

-Entra en mi humilde casa, siéntate, te prepararé un té – pronunció el chino haciendo una reverencia.

Alonso se sentó en el saloncito de esa casa modesta y limpia en la que el dueño preparaba en la cocina el té. Se oía el agua hervir y ruido de tazas y de vasos. Alonso no había probado un té en su vida, pero tampoco había visto desaparecer una escuela, así que... ¡a la aventura!

Tercera sacudida. Le afectó la espalda entera y hasta notó que los ojos le quemaban por dentro. El chino tenía una postal encima de un mueblecito. Eso no tiene nada de sorprendente, pero he aquí la casualidad, que no sé yo si llamarla casualidad... La postal era de la Torre Eiffel, el monumento más famoso de París.

La cuarta sacudida casi lo tira al suelo, mochila incluida.

Se veía en la postal el Campo de Marte, la altura increíble de ese montón de hierro y unos cuantos niños. Más increíble que la torre Eiffel era que los niños que estaban debajo suya se movieron. Eso hacían. Moverse. Se movían y levantaban y bajaban las manos. También abrían y cerraban la boca. Como si hablasen. Es que... ¡hablaban!

Alonso acercó el oído a la postal por si entendía lo que decían. Viendo que no servía para nada, tocó con la yema de los dedos el cartón de la postal y notó una especie de descarga. Como si un perro le lamiese la mano.

Lo que vino después entra en el capítulo de las cosas más increíbles que hayan pasado jamás en el Planeta Tierra.

Primero entró la mano, luego el brazo y detrás del brazo, poco a poco, el resto del cuerpo. Lo último, su zapato derecho. Mochila incluida, por supuesto.

Alonso había sido TELETRANSPORTADO a París.

Estaba allí. En el Campo de Marte. Estaba en shock. Cualquiera que se ponga.

Los niños corrieron hacia él. Eran todos sus compañeros de clase. No faltaba nadie. También estaba su seño Remedios, que hasta le dio un beso.

La alegría duró poco, como suele pasar en los cuentos y en la vida real.

¿Qué hacían en París?

¿Cómo volverían a Lucena?

¿Aparecería de nuevo la escuela?

Y lo más importante, al menos para nuestro Alonso...

¿Haría su examen de francés?

Por mucho que pensaron, y de verdad que pensaron mucho, nada se les ocurrió. Pero la magia funciona, vaya si funciona.

De pronto a Alonso ideó algo. Podía ser una locura, pero... el día ya había tenido suficientes locuras. ¿Qué más da una más?

-¿Y si abro un libro de hechizos chinos que llevo en la mochila? A lo mejor hay un hechizo especial para situaciones como esta – dijo

Dicho y hecho. Lo abrió y ahí llegó la siguiente sacudida. Ya no sé cuántas llevamos.

¡El libro de hechizos chinos, que estaba en chino, empezó a agitarse y las letras cambiaron!

Ya no era un libro chino, sino francés.

La señora Reme se lo arrebató a Alonso y Alonso no se dejaba.

-Yo sé más francés que usted, señorita – le dijo.

-Pero aquí la que manda soy yo, que soy tu maestra – contestó, muy enfadada, la señora.

La respuesta estaba en la página 233.

SI QUERÉIS A LUCENA VOLVER, A LA TORRE EIFFEL DEBERÉIS ASCENDER.

Estaba clarito, clarito.

Pues manos a la obra.

La siguiente sacudida fue la más terrible. A la espalda de Alonso rugió un león. Voy a decirlo de nuevo, que a lo mejor alguno no lo ha leído bien o se está frotando los ojos.

A la espalda de Alonso rugió un león.

Era un león con un rugido que daba pavor, pero tenía cara de buena persona. Se le veía en los ojos. Alonso comprendía que era parte del libro de los hechizos chinos-franceses, así que no se preocupó. Tampoco los demás niños. Ni la señora Reme.

Se montaron en el ascensor de la Torre, que no es el más grande del mundo. Iban Alonso, la señora Reme y el león. Los niños subieron las escaleras. No les hizo mucha gracia, pero lo que estaba en juego era muy, muy importante.

Iba el ascensor camino de la cima cuando en la planta 42 se paró. Sonó un ruido extraño. Como de algo que se está rompiendo. Eran los clavos que sujetaban la cabina a unos hierros que la sujetaban. Cuatro cables. Uno de ellos ya estaba casi pelado. Alonso se montó en los hombros de la señora, abrió la portezuela del techo de la cabina y se encaramó en el techo.

-Vamos a morir todos. Caeremos al suelo y seremos tortilla de calabacín – dijo con la voz rota.

-Ni tortilla francesa ni tortilla de calabacín, Alonso, no seas tonto – gritó la seño, que estaba poseída por el miedo más atroz, pero disimulaba, que para eso era la seño y tenía que dar ejemplo.

El león rugía cada vez menos. Incluso sus rugidos eran más amables. Estaba a gusto el león. Como si se lo pasara bien. No sabemos qué hay dentro de la cabeza de un león, así que no podemos decir nada más.

Lo que no esperaban, más sorpresas, era que un hombre se descolgara del techo y cayera con un ruido atronador al piso del ascensor.

Era un hombre de mediana edad, un poco calvo, un poco gordo. Hablaba en un español que se entendía regular, pero para eso Alonso y la seño dominaban el francés.

A partir de aquí, lo que diga el bombero lo pondré en español, para que no tengamos que andar usando un diccionario para acabar el cuento. ¿de acuerdo?

El bombero no era el mejor bombero del mundo. Ni siquiera el mejor bombero de París, pero allí estaba.

-He venido para ayudar – dijo

-Es una locura – dijo la seño Reme en un francés perfecto – Ahora caeremos antes. Usted está muy gordo. ¿No había bomberos flacos en París? –

El segundo cable se rompió en ese momento. El ascensor pendía de los otros dos. La palabra calabacín resonó en la cabeza de Alonso y en la de la seño Reme. El león no entendía de tortillas. El bombero era casi tan listo como el león.

El león, ay el león. Se me había olvidado la historia del gorrión. Era un gorrión parisino como todos los gorriones parisinos y le había dado, en sus vuelos, yendo de aquí para allá, como hacen todos los gorriones del mundo, por colarse dentro de la cabina del ascensor de la Torre Eiffel. Y nuestro león, el de cara de buena persona, se puso a dar saltos y a dar zarpazos y a rugir como si una orquesta le saliese de la boca.

¡Se quería comer al gorrión! No por tener hambre, que el gorrión era un bocado pequeñito, sino porque el gorrión lo ponía nervioso. A Alonso se le ocurrió que hasta le tenía miedo.

En ese momento entra en acción un elemento sorpresa. Uno de esos elementos sorpresa que cuando suceden en una película el público se pone en pie o aplaude hasta que le duelen las manos.

¡En el cielo de París sobrevolaba un helicóptero! ¿Era la salvación?

Con muchos apuros, primero la seño, luego Alonso. El último fue el bombero, claro. No iban a dejarlo allí, el pobre.

El león y el gorrión estaban a lo suyo. Ahora casi me pillas, ahora me escapo, etc.

Pero el león es el rey de la selva y casi, casi el rey de los ascensores, así que en un salto olímpico, por lo menos, se zampó al pajarillo. Ni lo masticó.

Ya no tenemos gorrión. Es el primer fallecido en esta historia... Esperemos que no haya ninguno más.

Bueno, por donde íbamos, que nos queda mucho que contar y tenemos que llegar al Polo Norte, uy, que se me ha escapado. Un espóiler.

Haced como que no habéis leído nada, ¿estamos de acuerdo?

Ya tenemos a todos nuestros protagonistas en el helicóptero y los demás niños en la última planta de la Torre Eiffel. ¿Parece que la historia se va a acabar? Nada de eso.

Ahora empieza lo mejor.

El libro de hechizos estaba guardadito en la mochila y el helicóptero se disponía a aterrizar en el Campo de Marte, que estaba lleno de gente. Había hasta cámaras de televisión.

-¿Estaremos saliendo en Youtube? – preguntó Alonso.

Los problemas van y vienen, ya lo sabemos. Ahora se van unos y ahora vienen otros.

El ascensor cayó al suelo de París, pero no hubo que lamentar víctimas. Nada de tortilla de calabacín. Ni francesa.

Pero el problema era el helicóptero.

-Se está acabando la gasolina- dijo el piloto.

-¿Cómo puede ser eso? – preguntó la seño.

-No le echaron combustible esta mañana. Los precios están por las nubes –respondió el piloto, que parecía no preocuparse mucho.

-¿Qué haremos, señorita? – preguntó Alonso, que ya se veía en suelo firme, dando abrazos y besos.

-Saca el libro. Tiene que haber un hechizo para casos de helicópteros de París que no tienen gasolina –

En la página 46 estaba la solución.

SI A LUCENA QUERÉIS IR, A LA CIMA DE LA TORRE EIFFEL DEBERÉIS SUBIR.

-Ese hechizo es como el otro, no nos vale – dijo Alonso.

-Es verdad, sigo buscando – respondió la seño, que estaba entusiasmada.

GLU GLUGLU, ZUMO DE IGLÚ.

-Pero ese hechizo no tiene sentido – gritó Alonso.

-Nada tiene sentido. Creo que aquí está la solución. Me lo huelo. Yo tengo buen olfalso – dijo la seño casi riéndose. Estaba nerviosa, pero tenía, aparte de buen olfato, buen humor.

Cuando Alonso pronunció las palabras mágicas, se produjo el milagro. Podemos llamarlo milagro o podemos llamarlo sacudida, qué más da. Ya tenemos que ir terminando la historia.

En un abrir y cerrar de ojos se vieron... en el Polo Norte.

Habían aterrizado en el hielo, muy cerca de un iglú.

Como el helicóptero pesaba dos o tres toneladas, o cuatro, quién sabe, el hielo empezó a romperse.

La felicidad nunca es completa.

Primero se hundió la cola, con sus hélices. Luego la panza de la máquina. Al final...

No pasa nada, no os preocupéis.

Alonso, la seño, el león y el piloto se salvan. No nombro al gorrión porque se lo comió el león, por si a alguien se le había olvidado.

Bueno, ya están fuera de peligro todos.

¿Todos?

¿Y el bombero?

¿Y nuestro bombero parisino, gordo y calvo?

Pues no pudo salir a tiempo. Ya lo he dicho.

Se le veía debajo del hielo pedir ayuda.

-Sacadme, sacadme de aquí – decía, o creemos que decía que desde arriba del hielo no se oye bien lo que se dice debajo del hielo, no se si me explico.

El caso es que de pronto dejaron de verlo. Se lo llevaría una corriente congelada quién sabe dónde.

Dejemos al bombero. Pobre bombero... O no.

¿Qué harán?, os preguntaréis. Pues ideas no tenían muchas. La verdad es que no.

Pero Alonso era un niño con mucha imaginación... Y con un libro mágico, no olvidéis eso.

GLU GLUGLU, ZUMO DE IGLÚ. Eso fue lo que gritó.

Y la magia sucedió.

El iglú cambió de color. De blanco pasó a verde y luego a rojo y más tarde a blanco de nuevo. Parecía un semáforo en el ártico.

Entraron y descubrieron una trampilla en el suelo. Fue abrirla y ver unas escaleras que bajaban al centro de la tierra, o eso les parecía. Después de mucho bajar, todos muy asustados, todos muy preocupados, salvo el león, por supuesto, llegaron a un pasillo enorme que se perdía en el horizonte. Tenía unas lámparas que le daban una luz agradable, casi confortable. Había puertas y había ruido como de personas detrás de ellas.

El león rugió y un llanto como de un niño fue escuchado.

Vieron un manojo de llaves y fueron abriendo las puertas una a una. Eran cientos. Salieron montones de niños. Doscientos, trescientos, quinientos niños.

-¿Cómo habéis llegado hasta aquí? – preguntó Alonso a uno de ellos, que lloraba desconsoladamente.

-Estábamos yendo a nuestro colegio cuando de pronto desaparecimos. No sabemos cómo, pero aparecimos aquí, en el Polo Norte. Llevamos años encerrados. – respondió.

Lo que más les sorprendió es que el bombero parisino estaba entre ellos.

-Me salvé, ellos me salvaron, son mis héroes – dijo entre lágrimas también.

Parece que la historia termina bien, pero falta lo más importante: salir de allí, volver a Lucena, recuperar su escuela.

Alonso decidió entonces coger su maravilloso libro mágico, por ver si habría alguna respuesta a cada pregunta que tenía.

Allí estaba la solución.

SI A LUCENA QUIERES VOLVER , EL ATARDECER TENDRÁS QUE VER.

El libro mágico ya no estaba escrito en chino, ni en francés, sino en iglunés, que es el idioma del Polo Norte.

Pero esa frase, solo esa, únicamente esa, estaba en español.

¿Qué querría decir eso?, se preguntaba.

Eran las seis de la tarde.

-Debemos subir a la superficie y ver el atardecer – dijo en voz alta.

Encontraron unas escaleras y las recorrieron con la ilusión en los ojos.

¿Qué habría arriba?

Nada más ver el sol del atardecer, se produjo el milagro.

Todos desaparecieron.

No quedó nada.

Cada niño regresó a su colegio. Cada colegio regresó a su sitio.

Lo primero que Alonso quiso saber era si la señora Remedios estaba dispuesta a hacerle su examen de Francés.

-Claro, ahora mismo te lo hago, Alonso – respondió.

Y Alonso... suspendió.

Serían los nervios, le dijo a sus padres. Es que he vivido una aventura que no os vais a creer. Esta mañana salí al cole como todos los días cuando de pronto descubrí que el cole no estaba. Y después apareció un chino y después del chino me metí en una postal y después de la postal me vi en la Torre Eiffel. Hay también un león, que ya no sé dónde está. Y un iglú y una cárcel debajo del Polo Norte. Porque también fui al Polo Norte. ¿Me creéis?

-Tienes mucha imaginación, Alonso. Vete a la cama, que mañana la señora Remedios te hará otro examen de francés. Seguro. Ese examen lo harás bien, ya verás – dijo su madre.

Alonso se acostó y soñó con ascensores que se caen desde la planta 42 y leones que comen gorriones.

Os preguntaréis algo, ya que el cuento se está acabando...

¿Y el chino?

Eso no puedo contarlos todavía...

Habrá que esperar a la siguiente aventura.